

DE ACTUALIDAD

Pedagogía y milicia

Tenemos que darle las gracias, y muy expresivas, al “Un Equis” que en el número del día 7 de este enero nos dirige una carta abierta con el título mismo que encabeza el presente artículo. Y que es un tema que nos ha preocupado siempre profundamente.

Pertenece el que esto escribe, oficialmente y como funcionario del Estado, a una corporación—no nos atrevemos a llamarle clase—de pedagogos que no deja de tener cierta analogía con la milicia, corporación de pedagogos también. Y la experiencia le ha enseñado que si hay una plaga de la milicia que es el llamado militarismo, hay otra plaga de la enseñanza pública, de la pedagogía, que es el pedagogismo. Y cree que si se ha conocido el anticlericalismo y hoy se conoce el antimilitarismo, no tardaremos en conocer el antipedagogismo.

El militarismo no es sino la mala pedagogía, el pedagogismo, aplicado a la milicia, y el pedagogismo, a su vez, no es más que la mala milicia, el militarismo, aplicado a la pedagogía.

Ignorábamos el propósito ese, disparejado hasta dejarlo de sobra, de pedir que las Cortes concedan a los exploradores un privilegio que nada explica. Podían hacerlo extensivo a los que hubiesen pertenecido a aquellos batallones infantiles de hace unos años, que no eran sino una grotesca caricatura de la milicia de verdad. Porque el que los niños juegan a los soldaditos, o a moros y cristianos, o a ladrones y guardiaciviles, está bien, muy bien, pero el que se meten personas mayores, profesionales, a pedagogizar todo eso es, francamente, antipedagógico y nada serio.

¿Pero es acaso espíritu militar, genuino espíritu militar, lo que se trata de inculcar en los muchachos con esos peligrosos juegos? Lo dudamos mucho. Y les llamamos peligrosos porque ya hemos dicho que el enseñar jugando—cuando el juego no es espontáneo—conduce a que se juega a enseñar. No, ni es espíri-

tu militar lo que con ese juego se trata de inculcar ni es espíritu patriótico. Es otra cosa. Es fetichismo. Y el fetichismo debe ser lo más opuesto a la milicia como es lo más opuesto al patriotismo de verdad. Hacer patriotas no es hacer fetichistas ni el culto a la patria es culto a trapos y chirimbolos. La idolatría es el peor vicio de la religión, lo mismo en el orden eclesiástico que en el civil. O sea, lo mismo en la religión del reino de Dios que en la del reino de la patria. O de la tierra.

¿Reino? ¿Y por qué no? Lo mismo nos da para el caso reino que república. Pero así como en el orden religioso al pedir a Dios aquello de “venga a nos el tu reino” le pedimos que venga El, el mismo Dios, en el orden civil y patriótico el rey no es el reino. Ni mucho menos.

Antaño se decía del que iba a servir en filas que iba a servir al rey. Hoy se dice que va a servir a la patria. Y si alguien dijere que como el rey es—o por lo menos debe ser—un servidor y nada más que un servidor de la patria, el decir que va uno a servir al rey no quiere decir otra cosa sino que va a servir a la patria, diremos que por ese modo tanto valdría decir que va a servir al coronel del Regimiento. Lo cual no es verdad. Ni en buena milicia debe serlo.

¿Es que cabe — se preguntará — servir al rey y no a la patria? Y en ciertos casos hasta contra la patria. Basta leer la historia de España de hace precisamente un siglo.

Pero nos hemos apartado de nuestro principal propósito y de lo que el “Un Equis” nos propone. Y si éste nos ha dado algún pie para estas últimas reflexiones religiosociviles ha sido por aquello que dice de que para lograr ese absurdo privilegio en favor de los exploradores “se interponen... las más altas influencias”. Influencias que nos tememos traten de hacer del escultismo o un señoritismo más y otra escuela de frivolidad de patrotería de trapo.

El señoritismo, y su derivado el figuronismo, es una de las mayores plagas del reino de España de hoy. Y lo peor que puede ocurrir es que lo protejan de real orden.

Ahora quisiéramos decir algo de la educación física. Que es a la vez educación moral. E intelectual. Como

lo es el juego. Pero el juego tomado en serio, que es como lo toma espontáneamente el niño, y no tomado en juego, al modo de los señoritos. Porque la paradoja del juego es que educa mal cuando es tomado en juego y que lo toman en juego, aunque otra cosa crean, los pedagogos que quieren hacer de él un medio para otros fines y no un fin por sí mismo. Y tomar el juego en serio es tomarlo como un fin, como un objetivo absoluto e independiente.

¿Y la milicia? La milicia debe ser una cosa seria, y nada la corrompe más que el tomarla en juego. Y la toman en juego los que organizan exploraciones que nada exploran y con su “¡siempre adelante!” se están marcando el paso de avance sin avanzar. Y la toman en serio los niños que espontáneamente, sin intromisiones de adultos, más o menos figurones o señoritos, juegan a soldaditos con toda su alma independiente.

Le prometemos al “Un Equis” volver a ocuparnos en la educación física. Que es moral e intelectual.

MIGUEL DE UNAMUNO